

—¿Qué es un tordo, abuela? —preguntó la muchacha levantando la vista de su cuaderno negro, el bolígrafo verde suspendido, la luna llena.

Un tordo, pensó la abuela.

La muchacha baja la vista en silencio y vuelve a escribir, con caligrafía Palmer: «Anoto aquí el poema del abuelo».

El último vestigio de ciudad era la estación de autobuses que viajaban hacia el norte.

«De aquí en adelante, cero urbe», pensó D.Jota. A pesar del viento que arrastraba la nieve y todo lo que se interpusiera en su camino, los transportes hacían su marcha —muy lentos— por la carretera que se confundía con el llano blanco. De vez en cuando se topaban con esas máquinas amarillas, equipadas con luces de carnaval, despejando la carretera y descubriendo el primitivo asfalto escondido bajo la nieve. D.Jota imaginó que ese asfalto venía de su ciudad, Caracas, y se sintió sobre un pedazo de su tierra. Allá había aprendido a esperar los largos caminos, el tránsito imperceptible de los automóviles; había disfrutado de los calores más bochornosos y conoció el sudor recorriendo su espalda. La ciudad de su origen, Caracas.

¿Cómo la describiría ahora, lejano, mientras contempla otra naturaleza desde un autobús? ¿Cómo hablará ahora de sus largas avenidas, de su gente de colores, de los pájaros que aún no se han enterado de que en la falda de la montaña reposa una ciudad? Su ciudad duerme sobre el cerro Ávila, el Guaraira Repano, como lo conocieron los primeros habitantes. Allí ha subido incontables veces D.Jota, en la noche, en el día, nunca por los caminos que han sido señalados, siempre por los rincones donde unas flores alumbran las noches. ¿Cómo va a describir a la ciudad vista desde allá arriba? ¿Cómo podrá recordar ahora el tufo húmedo y tibio que las hojas muertas desprenden y dan vida y hacen cantar a los pájaros entre los sonidos de las cornetas y el escándalo

propio de una ciudad? ¿Podrá reconstruir aquellas noches en que el amor lo atrapaba en calles y plazas, y en que el asiento trasero de un automóvil era su único refugio?

D.Jota trataba de no pensar en ello; la ciudad no le había servido tanto y ahora buscaba en el norte del mundo un lugar donde descansar. En Caracas se había transformado en otro ser, peor cada vez, con angustia. Su perenne alegría mermaba. Tampoco las mujeres que conoció le dieron la tranquilidad que buscaba; ni las conversaciones, ni las comidas, ni los paseos, ni la alegría de las fiestas en las noches límpidas de Caracas entre drogas líquidas y alucinaciones sólidas. Las cosas y el tiempo transcurrían como el camino inquieto de una tortuga ciega. Descansar, ésa era la última palabra que hubiera podido rescatar en esos días, descansar sin ton ni son. Nada de lo que la ciudad le ofrecía le tranquilizaba; y añoraba esa paz, ese reposo sin cabo ni rabo (¿estaba seguro de ello?). Sólo las historias sobre el norte del mundo, los viajes de Roald Amundsen, las exploraciones de Jacques Cousteau, los documentales de animales extraños y las montañas emblanquecidas llamaban su atención; incluso los poetas de su país cantaban maravillas del norte y no supo cuándo ni cómo le nació la imperiosa necesidad de irse a esa aventura. Su mayor ilusión desde entonces fue la de encontrar en el rostro de las montañas la tranquilidad que el desaforado torrente de Caracas le negaba; encontrar la sonrisa amable que hiciera las veces de nana y redención.

Y un poco de fortuna, desde luego.

El aroma embriagante de Caracas lo tentaba aún después de tener todo listo para partir; no es fácil escapar de ella, porque Caracas es una virgen escondida en sucesivos velos, sonriente y con algo dulzón que da el olor de la sangre. Caracas es un asesino, un seductor de mujeres y hombres, la llama de un candil que nunca se apaga. Caracas implora y hay que acudir, Caracas ordena el caos de sus esquinas con nombres y en cada nombre una historia: esquina de Angelitos, lugar en que se apostaban los guardaespaldas del Presidente mientras éste ponía cuernos sobre la cabeza de uno de sus Ministros; esquina de La Mansión, donde un excéntrico aficionado a la egiptología construyó su casa en forma de templo de Osiris; esquina de Las Madrices, llamada así por

las tres codiciadas hijas del doctor Madrid; esquina del Muerto, no pases por allí si no quieres llevarte el susto de tu vida, mejor corre hasta la esquina del Cují. Esquinas, cientos de esquinas que le dan sentido al espacio en la caótica polis, esquinas para orientarse en donde nunca hay norte y siempre sur.

Caracas, más cerca de la esquina de Miseria que la de Velázquez, invita femenina y seduce, no deja que la abandonen. Caracas es un negro joven que ofrece sus muslos suaves y su boca dulce. Caracas tentaba a D.Jota con todos sus racimos para que no se marchara y, a pesar de todo, partiría. A medida que el final se acercaba había multiplicado sus ansias: una mujer tras otra, algún amante de feroces venas y fiestas sin fin llenaron sus últimos momentos, alegría y despedidas superfluas, doble vértigo. Amigos. Algarabía, exceso. Esa última época en Caracas le permitió completar el conocimiento de su cuerpo, la gimnasia de los músculos agotados era para él un territorio fácil de explorar. Aún no había arrugas en su cara que pudieran delatarle, el cabello todavía negro, ni sus manos se estaban estrechando entre pliegues y manchas. D.Jota sabía que pronto todo eso ocurriría, así que no juzgó desacertado el viaje. ¿La edad? ¿Era por la edad? Sus movimientos podrían haber sido manifestación de cualquier cosa, incluso de la edad.

Esas semanas antes de partir también sirvieron para deshacerse de sus últimos prejuicios: cometió crímenes, ejerció el vandalismo, robó, ayudó a aumentar el índice delictivo con la certeza de que ésa ya no seguiría siendo su ciudad y una mañana muy temprano se escabulló, cuando la policía ya comenzaba a sospechar de él. Había emprendido uno de los caminos de la maldad, buscaría la ocasión de hacer daño, de volver a sentir el placer de romper las reglas. «En el norte, ju, ju», pensaba.

En el autobús que lo dejaría en la casita humeante de la que colgaba un cartel («El Pueblo»), D.Jota trataba de reconstruir, rito funerario, las estaciones del metro que había utilizado durante tanto tiempo; una tras otra, estación Capitolio, intentaba colocar cada baldosa en el sitio que ocupaba y caminaba los pasillos de nuevo, estación Parque Carabobo, viendo cómo cada espacio se iba deteriorando en su me-

moria y en la realidad, estación Bellas Artes. Se borraban de su cabeza a medida que las nombraba, estación Plaza Venezuela, y poco le iba quedando de ellas, estación Altamira, cueva de ningún bisonte. Sintió pesar y ya se disponía a sufrir en silencio cuando se dio cuenta de que él era el último pasajero.

El autobús dio de inmediato la vuelta de regreso y supo que así quemaba sus naves.

Los perros amarrados a la entrada del bar ladraron con furia y un gato se escabulló por entre las ventanas. Algunos hombres se asomaron, y un anciano pelirrojo de pestañas gruesas como alambre salió a darle la bienvenida. D.Jota agarró muy fuerte su mochila y sin saludar exclamó:

—Quiero alquilar un trineo.

El pelirrojo se rascó atónito la barbilla y se acercó arrastrando sus pasos. Miró mejor a D.Jota y no sintió simpatía por él.

—¿Que por favor qué? —preguntó.

Desde Radio Blanca una voz masculina grita:

—¡Las siete en punto de la mañana! ¡Hora de vivir!

La música invade la habitación tranquila; inapropiada porque suena con movimientos de palmeras. Fanny deja caer una taza de té, ya vacía, y golpea con odio la radio que se esconde debajo de la cama, aún encendida; se estira, siente a su lado el bulto dormido y se confunde por un instante, pero pronto recuerda: es el hombre que ayer intentó quemar sus ovejas. D.Jota.

—Los informes indican que hoy habrá otro soleado y frío día, ¡prepárense, trabajadores del campo, estamos a tres grados! —avisa la radio desde debajo de la cama.

La mano que viene

Esos días eran de mucho sol y mucho frío; por eso, ayer, el trineo era un vehículo lunar que no alcanzaba más de quince kilómetros por hora. «La nieve es muy espesa en esta época del año», pensó D.Jota como si fuera baquiano, y levantó la vista a ver si alguien le estaba observando, porque su destreza dejaba mucho que desear. Sólo una figura («debe de ser una chica», se dijo) se divisaba a un par de kilómetros: conducía una oveja a su refugio. Al parecer no se había percatado de que él se acercaba, así que decidió estacionar su vehículo al lado de un árbol; pero de inmediato cayó en la cuenta, mejor, confirmó con terror, que no había entendido nada cuando le explicaron cómo

se detenía el trineo, imperturbable en su marcha casi fúnebre. D.Jota llevaba un viejo *walkman* con música brasileña, una manera de estar sumergido en dos realidades al mismo tiempo. Comenzaba a sentir calor, no por la música del trópico, sino porque en unos metros tendría que detener el aparato, obstinado como un animal de carga. Incluso emitía un sonido bramante de bestia vil. La figura de los abrigos peludos seguía tan tranquila introduciendo sus animales en el corral y él sabía que era muchacha porque levantaba la cabeza y pasaba el torso de su brazo por la frente: no se secaba el sudor, se recogía la pollina; mujer, porque a pesar de tanto cubrimiento un movimiento imperceptible decía «tráeme hacia ti, llámame, estoy aquí». Las ovejas obedecían.

Otra posibilidad era lanzarse del trineo, abandonar la embarcación como capitán cobarde en tiempo de tormenta pero sabía que eso sería mucho peor. También sería posible, locura total, pasar de largo hasta que se acabara el combustible —para quedarse varado quién sabe en medio de cuál desierto de nieve—. Y perderse significaba por lo menos una noche esperando a que algún vecino pasara. Eso si no se topaba con un oso hambriento o juguetero.

—*Eu não tenho compromisso, eu sou biscateiro* —desde el *walkman* avisaba irresponsable la música brasileña.

La mano que va

En su cama, Fanny se recoge sobre ella misma, sorbiendo todo el calor de una sábana de animal gris; muy gruesa, cubre lo que nadie puede ver a esa hora: su cuerpo redondo y falso, desnudo, sin pizca de grasa a pesar de la cantidad de tocino que engulle en el trabajo. La abuela es especialista en cocinarlo, y ella ama para siempre ese sabor.

—¡Quédense con nosotros, Radio Blanca, la radio que alegra la mañana!

El cuerpo de la muchacha no ha acusado recibo de la avalancha de grasa que se inyecta con cada trozo de tocino; tal vez sea el esfuerzo en el campo. Aguzando un poco la vista emergen sus manos pequeñas pero nunca frágiles. La única parte de su cuerpo que confiesa ser del

campo. Lo demás pertenece a una actriz preparada para el ataque. Las líneas de las manos aún cubren las venas azules, que entran definitivas desde la muñeca hasta el centro y de allí se reparten hacia los dedos; la vena afortunada que va al índice se confunde con la línea del éxito que vaticina riquezas y lujos, cosa extraña. Porque el dedo índice, dedo del poder, revelador de lugares y hurgador impenitente, es lo más bonito de la tosca mano de la muchacha, que dormita abrazando avara la sábana. La sábana que cubre el poderoso índice y el resto del cuerpo es más suave. Fanny abre los ojos: reclinada sobre su lado de la cama descubre que unos débiles rayos intentan colarse por la ventana y chocan contra la ropa doblada de D.Jota: una camisa, un bluyín del que sobresale una cartera de hombre, atiborrada de pequeños papeles doblados. Ella no sabe por qué los hombres tienen en sus carteras tantos papeles, serán teléfonos de mujeres que nunca se cansan de llamar. Constata si su compañero de cama sigue dormido y tiene deseos de revisar la cartera: en todo caso está en su casa y no sabe de quién se trata, ¿no? Tiene derecho a informarse, porque puede tratarse de un loco, un asesino en serie, un violador o algo así.

La mano que viene

Todo esto reflexionaba D.Jota hasta que el trineo chocó contra el corral de las ovejas y él salió volando unos metros; la nieve acumulada tampoco era tan suave y se dio contra el suelo un doloroso golpe. Una costilla quebrada. La chica («¿es mujer?», interrogó él) y sus animales seguían su procesión, sin tomar en cuenta a la máquina bramante, bestia mil veces vil. Se levantó malhumorado y trató de apagar el aparato que siguió insistiendo en su camino. Tocó botones, aceleró, sacó las llaves.

Y nada.

Hasta que terminaron de entrar los animales, se cerró la puerta y la muchacha se acercó hasta la máquina a punto de estallar y, casi sin querer, la apagó.

—Es la fuerza eléctrica —dijo D.Jota.

Fanny no le hizo caso y le dio la espalda.

—También es que yo no soy de aquí y no sé cómo funcionan estos aparatos, usted debe de usarlos todos los días, así cualquiera —insistió.

La muchacha regresó y encendió el trineo. D.Jota, todavía adolorido en las costillas por el golpe contra el suelo, no supo cómo reaccionar. El sonido ya irritante del aparato lo enardecía y veía cómo ella se alejaba con pasitos, con saltitos de bailarina.

La mano va, va

—¡No se preocupen por el frío, Radio Blanca sigue calentando la mañana: son las siete y media!

Los rayos del sol aumentan la luminosidad del cuarto, la ropa de D.Jota es un manjar preciado, la punta de la cartera azuza la curiosidad; Fanny debe tomar una rápida decisión. Levanta su brazo y lo acerca a la cartera, indefensa. La tiene casi agarrada cuando la radio grita:

—¡Atención! ¡Por eso hoy abrimos con música del sur, a ver si se calienta un poco el aire!

La mano viene

En un momento de desespero, D.Jota logró vaciar el combustible del trineo, y el motor agonizó. Un alivio, salvo por el detalle de que el combustible se regó con generosidad. A pesar de la nieve y el frío, el calor del motor hizo aparecer una llama de vivos colores y D.Jota, sin meditar mucho, se lanzó sobre la chica antes de que la máquina explotara y volara en pedazos por efecto del tanque del combustible, ahora bomba. La muchacha, muy lejos de estar agradecida, lo apartó con un empujón poco creíble y se apresuró a evitar que el fuego quemara a sus animales que ya balaban pidiendo ayuda. Las llamas del vehículo muerto eran tan amarillas, la nieve tan blanca, que se podía estar seguro de que la imagen era en colores. Cansada, tomó a D.Jota por el cuello:

—¿Qué se propone usted?

—Yo me perdí...

—Y decidió quemar mis animales, ¿no?

D.Jota no contestó porque lo deprimió su mirada de desprecio en medio de la nieve. Sólo atinó a ver cómo las llamas danzaban al mismo ritmo que los pasitos de la muchacha, por encima del obstinado balar de las ovejas.

—*Que leva a vida como um rio desce para o mar* —le cantaba Milton Nascimento a D.Jota, entristecido.

La mano, la mano

Fanny aparta el brazo de la ropa del muchacho mientras ve con susto que D.Jota se sacude en medio de su sueño. Fanny, que se ha quedado con las ganas de revisar la cartera, disimula acurrucándose igual que un camafeo: el sol levantó su vuelo, ya no hay nada que hacer.

Las llamas en colores del trineo, ayer intangible, y la música templada de Radio Blanca al amanecer, hoy sin cortapisas, se mezclan en imposible orquestación cuando la abuela aparece saludándolos con una cuchara de madera en la mano que viene y va, como el obstinado péndulo de un reloj:

—¿Quieren comer?

IV

Cuando la abuela está despierta nadie se entera porque se escucha muy bajito ir y venir, encender la chimenea, recoger agua, e incluso (tup, tup, tup) dar pasos de baile —el televisor encendido y sin volumen— con una película de Bette Midler. Ha dejado exacta huella de su edad: ni dientes caídos ni hombres de estrechos glúteos pudieron convencerla, a pesar de los decididos empujes, para que se deshiciera de su cabello negro, cualidad extraña en esas tierras. Descendiente de antiguos y rubios vikingos, sabía que de esa manera cumpliría cien años, edad a la que todos en el bar que llaman El Pueblo esperan verla llegar. Ella, que de seguro ya ha traspasado ese límite, se encarga de despistarlos. «Cuando sepan que tengo cien años, me dejarán morir», le ha confesado a su nieta. Si alguien se tomara la molestia de medir el largo de su cabello, habría podido saber la edad de esta mujer.

Viuda de un marino noruego que perdió la vida en el polo norte y amante de un oscuro extranjero que alguna vez residió allí, dio al blanco mundo una niña y cuatro varones, hijos del noruego, que huyeron de esa inmensidad y ahora se refugian en altos edificios, camisa y corbata semanal. De su primera hija (¿dónde está?), hija del oscuro, le ha quedado esta nieta rubiecita que sólo se parece a ella en su afición por el baile.

—Ni siquiera deberías ser rubia: tu abuelo era como el carbón.

No se parece a ella, ni sus manos son las grandes manos de guerra. Pero es su nieta y algo del espíritu vikingo manifiesta en su carác-

ter, a pesar de que su dorado cabello se tuerce en tirabuzón en ciertas zonas, como reclamando su cuota de mestizo.

Fanny vuelve por un instante a la vida cuando siente el olor del café que alborota su nariz y sabe que pronto estará sentada calzándose las botas de cuero para salir a trabajar: hoy hay destete. Prefiere no dilatar más el doloroso momento y de un brinco se coloca de pie sobre la cama, su cuerpo se yergue como la única espiga del territorio, y el vello de su pubis se eriza: hace un frío que espanta. Los pezones se endurecen y se ubican en el seno como trozos de mármol mal cortados. Un sayo interrumpe casi al instante el espectáculo justo antes de volver a caer en la cama por la acción despiadada de la mano juguetona de D.Jota, que emerge del fondo de la sábana y la hace perder el equilibrio. Ella reacciona: su espíritu de vikinga siempre está dispuesto para la batalla. Levanta a D.Jota y lo lanza como un *freesbee* contra la pared grumosa; el golpe es fuerte y debe disimular si quiere seguir con vida. Otra costilla rota. Fanny queda de pie, fraile triunfante, viendo cómo D.Jota se resiste a emitir un alarido. Lo alza y lo coloca en la cama, ajusta un momento su mano tosca en la forma del pene flácido de su adversario durante el tiempo suficiente como para sentir los treinta y siete grados del miembro y lo suelta cuando comienza a fluir la sangre. D.Jota no se da por enterado, concentrado como está en no dar ayes, pero escucha sumergido en su dolor el acorde de un vagón mientras arranca. El pene, por su cuenta, se yergue muy rojo.

—Pero no te hagas ilusiones —le advierte Fanny con ironía.

La abuela sube el volumen al televisor, canta junto a Bette Midler, y da pasos de gorda como Bette Midler para los soldados estadounidenses en Vietnam. Coloca las cosas para un frugal desayuno con mucho café. La nieta cae desde el piso superior; sabe que debe dejar solo a D.Jota para que venga hacia ella de nuevo.

—¿Quieres un poco de café? —pregunta la abuela señalando hacia el techo. Ella no contesta porque inclina su cabello hacia adelante y lo peina antes de sumirlo en una humillante cola. Bette Midler se da unos besos con un soldado y en la habitación de arriba D.Jota aprieta la cara contra las almohadas dando gritos, ya sin aire y con lágrimas.

—No le des mucho café a ése; se va pronto y nos hace más falta a nosotras.

—Como quieras...

En el televisor, Bette Midler sigue en su beso, y la abuela no la pierde de vista, como si fuera una chaperona profesional. La nieta se sienta en la ventana y puede ver el corral calcinado entre la nieve y las ovejas a su aire, entrando y saliendo sin orden ni consenso. Siente, a pesar de que el contacto con el pene del muchacho le ha dejado un agradable aroma en la mano, un odio por su torpeza. «Si hubiera dejado que le ayudara a controlar el trineo de motor, esto no hubiera ocurrido». Una oveja husmea entre los restos del trineo, sin éxito, porque el olor a gasolina la intimida. De todas maneras, la chica sonrío recordando la imagen torpe de D.Jota el día anterior. A la abuela le da lástima el chico.

—Bueno, por un poco de café no nos vamos a arruinar, abuela
—dice con la mirada perdida, recordando las llamas del día anterior.

Segunda noche.

Hay una hora en que el ruido del viento se siente casi en los huesos. A esa hora la manta es un bien preciado, un tesoro de valor incalculable. D.Jota trata de que el trocito que le toca cumpla con su deber de no dejar que se muera de frío; mientras, en la sala la abuela baila por enésima vez al compás de la película de Bette Midler.

—¿No se cansa de ver la misma película?

—Ella se parece a la actriz, ¿no te has dado cuenta?

—No creo, no se parece...

Fanny se acomoda mejor, más cerca de la pequeña luz de la lámpara hacia la cual dirige la página del libro que lee. D.Jota, apoyado en el costado que no tiene roto, escucha los pasitos rítmicos de la abuela, que solitaria disfruta como todos los viejos de glorias pasadas. La sombra de D.Jota, cuando levanta un brazo, construye figuras: primero un pato, lo más fácil; después un conejo, una jirafa, un perro. Con maestría logra representar una hormiga. Fanny levanta la cabeza y sonríe.

—Las hormigas de por aquí usan gorro en las noches.

—Será por eso que llevas uno, ¿no? —dice D.Jota

—Yo no soy una hormiga.

—Y yo no sé hacer un gorro.

Fanny se levanta y atiza un poco más la estufa que a duras penas calienta. Ante el fuego sí se pueden distinguir sus muslos, separados en la ingle, y ese espacio por donde cabría un dedo completo. Más

arriba, territorio desconocido, y por conocer. D.Jota levanta la cabeza en el momento en que el cuerpo de ella es más importante donde no hay nada.

—¿Y por fin? ¿Cómo es que te llamas? —pregunta Fanny mientras aviva el fuego.

—Me llamo D.Jota —alcanza a contestar, atento a los muslos que se mueven de aquí para allá.

—¿En qué trabajas? —dice Fanny al tiempo que se gira y puede ver, casi oler, la mirada de D.Jota. Por egoísmo, sólo por egoísmo, se aparta de la lumbre y regresa a la cama. D.Jota se incorpora un poco antes de hablar.

—Tengo un programa de radio por las noches, recibo llamadas de gente aburrída que quiere escuchar algunas canciones, hablar de sus amores pasados, y divagar.

—¿Cómo se llama?

—«El planeta del amor», el título me lo dio un amigo que...

—Deberías darle el número a la abuela...

—Es muy lejos de aquí.

Fanny apaga la lámpara y por un instante todo es más oscuro hasta que la luz de la estufa alumbrá. Mira la radio y constata la hora en que se activará: 7:00 a.m. D.Jota se le junta. Alguna sombra del fuego baila sobre ellos. Fanny enciende un cigarrillo.

—¿Te molesta que fume?

—Sí, pero no importa, al final siempre me acostumbro.

—Me gustaría llamar y pedir una canción al planeta del amor...

D.Jota se incorpora y tose un poco: la luz de la estufa impregna a Fanny de una tonalidad amarilla como las llamas del trineo en la tarde. Ella se percata de cuánto molesta el humo y lo esconde. El matiz amarillo deja adivinar los vellos en la piel de Fanny, cuya mano pareciera llevar un cocuyo: la cola se enciende y comienza el vuelo nupcial, la llamada a la hembra que espera en los ojos de D.Jota, la hembra cocuyo que se guía por la intensidad de la luz del cuerpo candente en el frío de la noche: luz sobre luz, sombra que cruza las sombras y se pierde en los labios húmedos; caricia del aire y aroma que se eleva sin premeditación, caos absoluto de motor que no cede y corazón

que comienza a maquinar el final; mujer y hombre en una sola cama: nadie lo puede saber. La abuela, de cuando en cuando, levanta la voz un poco, como un ratoncito, y chilla una palabra en inglés; y se siente el sonido seco de sus pasos sobre la alfombra de animal cazado en verano. Fanny aspira con intensidad el cigarrillo y el cocuyo aviva su cola. D.Jota desvía la mirada.

—¿Cuál canción?

—Una que dice: «amo el Caribe, soy del Caribe...». Una vez la escuché en un autobús, en la ciudad. Duró justo el tiempo que estuve en él. Fue muy curioso.

Por la ventana entra una ráfaga de aire cálido que disminuye el fuego; Fanny y D.Jota no lo saben, pero esa ha sido una brisa caribeña que llega cuando Fanny la invoca.